

HACIA LA SUBJETIVIDAD ÉTICA Y LA VERDAD DEL DESEO

Nieves Ruiz

Universidad de Granada

nievesruiz@correo.ugr.es

Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad IV. Las confesiones de la carne*, traducido por Horacio Pons. Madrid, Siglo XXI, 2019, 456 pp¹.

La muerte de Michel Foucault en 1984 supuso un vacío para la filosofía; sin embargo, su obra continúa hoy enriqueciendo la materia gracias a la labor editorial que ha mantenido el legado foucaultiano vivo². Tal es el caso de *Las confesiones de la carne*, cuarto volumen que cierra de manera circular el proyecto de *Historia de la sexualidad*. La génesis de este último título es compleja. Desde *La voluntad de saber* (1976), el filósofo interrumpe su línea de investigación inicial ante la necesidad de reconducir el tema de la sexualidad hacia la “problematización histórica de la carne cristiana” (*Las confesiones* 15). Así pues, fiel a su metodología arqueológica y genealógica, Foucault se sumerge en un rastreo que se remonta al mundo antiguo grecolatino para establecer un horizonte conceptual acerca del pensamiento clásico determinado por sujetos de deseo preocupados de sí mismos como se observa en los volúmenes II y III, *El uso de los placeres* y *La inquietud de sí* respectivamente, ambos publicados en el mismo año de su deceso. Este desplazamiento temporal permitió recuperar el punto de origen en el que el individuo fue obligado a decir la verdad de sí a través de la confesión mediante los principales “actos de verdad” (*exomologesis* y *exagoreusis*).

1 La edición consultada corresponde a una versión electrónica, por lo que las referencias citadas no coinciden con la paginación de la versión impresa.

2 Se destaca a modo de ejemplo significativo: *Dits et écrits* de 1994, recopilación de artículos y entrevistas (reeditado en 2013), así como compilaciones de seminarios y conferencias publicados entre 1997 y 2015.

La edición francesa de 2018 señala que en 1975 sus investigaciones en el Collège de France orientaron a Foucault hacia la necesidad de cambiar de perspectiva. Tras la publicación de *La voluntad de saber*, el pensador comienza a coleccionar notas de lectura sobre los primeros padres del cristianismo y su proyecto de profundizar en el dispositivo de la biopolítica entre los siglos XVIII-XX queda relegado por la problematización de la sexualidad a través de los placeres (*aphrodisia*) y por la exigencia de verbalizar la verdad de la carne como lugar físico en el que se practica la experiencia sexual. *Las confesiones de la carne* fueron redactadas entre 1981 y 1982. Para ese otoño estaba prevista la entrega del manuscrito en Gallimard; sin embargo, la publicación se aplazó por la preferencia de anticipar los volúmenes dedicados al mundo clásico, cuyo trabajo editorial no concluyó hasta marzo y mayo de 1984. Un mes después, Foucault perdió la vida en el hospital de la Pitié-Salpêtrière y el cuarto libro de *Historia de la sexualidad* no vería la luz hasta treinta y cuatro años más tarde.

Con su estudio, Foucault trató de desmontar ciertos mitos históricos arrastrados erróneamente como, por ejemplo, que la sociedad burguesa estuviera regida por el puritanismo cristiano. Con este volumen el filósofo argumenta lo contrario puesto que la necesidad burguesa de forjar un “cuerpo de clase” propició el desarrollo de una tecnología del sexo en la que el poder y el placer se imbricaban en pro de un discurso normalizador y el cuerpo pagaba un precio político a través de la gestión de los placeres, la salud y la supervivencia. Otra creencia muy arraigada consistía en que el mundo pagano convivía con prácticas de libertinaje sexual y el cristianismo impuso la austeridad corporal; Foucault demostró que los filósofos griegos se preocuparon por la ética sexual por medio de cuidados específicos del cuerpo, pero sin señalar por ello la universalidad de estas prácticas.

Historia de la sexualidad surge ante la inquietud de averiguar cómo se constituye un individuo como sujeto moral³ en un contexto social atravesado por el sexo, lo cual conduce a preguntarse: ¿por qué la sociedad contemporánea occidental está definida por el sexo? Y, ¿por qué el sexo como elemento central y no otro? En palabras de Foucault: “¿Por qué esa gran caza de la verdad del sexo, de la verdad en el sexo? [...] ¿Qué le pedimos al sexo para obstinarnos así? ¿Qué es esa paciencia o avidez de constituirlo en el secreto, la causa omnipotente, el sentido oculto [...]?” (*La voluntad* 97-98). A partir de estos planteamientos, *La voluntad de saber* describe en primera instancia cómo la

3 En *El uso de los placeres*, Foucault define la moral como el “conjunto de valores y reglas de acción que se proponen a los individuos [...] por medio de aparatos prescriptivos diversos [la familia, las instituciones educativas, la iglesia, etc.]”, denominado “código moral”. Además, la moral también entendida como “el comportamiento real de los individuos” en relación con esas reglas y valores propuestas que, en definitiva, configuran al individuo agente como un “sujeto moral de acción” (18).

sociedad burguesa se configuró sujeta a la normalización de la heterosexualidad y el matrimonio como alianza social y estructura legítima de familia establecida por el estado. Las teorías sobre biopolítica y medicalización del cuerpo ponen de manifiesto la clasificación del individuo en función de su comportamiento sexual: obseso, perverso, histérica..., incluyendo las normas sobre la homosexualidad.

Estas reflexiones alejaban la raíz de la problematización de la sexualidad. Por ello, se inició la búsqueda de una “genealogía del hombre de deseo” con el objetivo de encontrar “el deseo y su nexos con la verdad” (*Las confesiones* 9). Según la terminología foucaultiana, la experiencia sexual moderna cristiana está vertebrada por las nociones de deseo que se articulan bajo las acciones de un sujeto deseante. Así, las cuestiones anteriores se reformularon en: “¿cómo surgió esa hermenéutica de sí mismo, en la que se entrelazan las técnicas de sí, las formas de subjetivación y los modos del decir verdadero?” (*ibidem*).

El cristianismo desarrolló una evolución conceptual a partir de la experiencia de la carne y la libidinización del sexo después de la caída del paraíso. En su núcleo mantuvo tendencias helenísticas como el estoicismo, sobre todo en los primeros siglos de nuestra era. *Las confesiones de la carne* explora ese camino de emancipación conceptual cristiano que parte de una hermenéutica de sí hacia una hermenéutica purificadora del deseo. Esa nueva definición transformó las relaciones entre subjetividad y verdad y otorgó “a ese núcleo prescriptivo antiguo una significación inédita”, produciendo “modificaciones importantes en la concepción [...] de los placeres y su economía” (304). Los padres del cristianismo de los siglos II al V, de Clemente de Alejandría a San Agustín de Hipona, pasando por Tertuliano, Casiano, Juan Crisóstomo, Metodio de Olimpo, Atenágoras o Basilio de Ancira, reedificaron los principales “actos de verdad”, así como el arte de la virginidad y la doctrina del matrimonio, constituyendo una ética del sujeto que se toma como objeto a sí mismo en los modos de subjetivación, en las técnicas y las prácticas de sí para examinarse. Todo ello con el fin de buscar “la falta”, la falta de la degradación que se encuentra en la libido, en el deseo carnal, entendido como un movimiento involuntario del sujeto (283). Así pues, “el sexo puede desbaratar las intenciones del sujeto” (*ibidem*). Esa falta “no se inscribe entre el alma y el cuerpo, entre la materia y el espíritu, sino en el sujeto mismo, ahora en revuelta contra sí mismo” (280) y esa revuelta es la que “reproduce la revuelta contra Dios” (*ibidem*).

Dicho de otro modo, en los primeros siglos del cristianismo, la configuración ético-moral del sujeto experimenta un cambio sustancial en la subjetivación de sí, ya que debe actuar en constante introspección con la mirada dirigida permanentemente a Dios, que se alza como sinónimo de perfección dada su naturaleza libre de concupis-

cencia. El sujeto ya no adquiere la perfección ética a través de la restricción y el control del *buen* uso de los placeres, sino en la imitación perpetua a Dios. Por ello, el sujeto ético y moral cristiano dirige su voluntad y deseo hacia Dios, alejándose de la perdición de la concupiscencia para alcanzar la gracia divina. Foucault define la concupiscencia no como lo involuntario en contra de la voluntad, “sino como lo involuntario de la voluntad misma” situada en el interior del sujeto (286-287). De esta forma, lo involuntario se concibe como aquello que aniquila al ser porque le interrumpe de su ascenso a Dios, que es el fin último de la humanidad: trascender a la muerte alcanzando la divinidad eterna. La pastoral cristiana estimó un camino recto y sin impurezas donde los “actos de verdad” desempeñaban un papel muy importante en el control de la voluntad mediante la exposición desnuda y constante de la consciencia de los sujetos: la confesión como expurgación de los pecados y la limpieza del alma.

El origen del pecado se sitúa en la inspección de la sexualidad. El imperativo cristiano de la confesión implica la obediencia incondicional al pastor, encargado de controlar rigurosamente los testimonios para que se realicen con la más absoluta disposición hacia la *verdad*. La penitencia prepara al sujeto para la exposición en voz alta de sus intimidades y deseos más profundos. El sujeto se abre a sí mismo en canal para obtener el perdón. La confesión (sincera) es la única garantía de salvación del alma enturbiada después de la caída. Este mecanismo de confesión y perdón supone un quiebre del sujeto, ya que debe renunciar a sí mismo en una muerte del yo que rinde su voluntad al amparo del otro. Así pues, Foucault señala la paradoja esencial en las prácticas de la espiritualidad cristiana: “la veridicción de uno mismo está fundamentalmente ligada a la renuncia de sí” (129).

En ese sentido, las disertaciones de San Agustín, entendidas como la unificación doctrinal cristiana, permitieron ubicar las artes de la existencia helenística alrededor del desciframiento de sí junto con los procedimientos de purificación en el combate contra la concupiscencia. La exégesis teórica de San Agustín incluyó en ese conjunto las nociones de la muerte y la inmortalidad, la institución del matrimonio y las condiciones del acceso a la verdad (*El uso de los placeres* 160). La transición desde la tendencia estoica, en la que se naturalizaba una ética de las relaciones sexuales, hasta el cristianismo más austero y pesimista, definido por la naturaleza humana tras la caída, estipuló una marca negativa a las relaciones sexuales. Se configuró un nuevo código en la formación de la experiencia de la carne sustentada en dos estados de existencia según la actitud sexual: la virginidad y el matrimonio (dentro de la continencia).

Las confesiones de la carne se estructura en tres capítulos y cuatro apéndices donde se exponen estos aspectos centrales que determinan el proceso de la formación de

esa nueva experiencia de la carne cristiana que necesita ser contada para salvar su alma en una exposición constante al otro. La sexualidad, por tanto, quedó atrapada en la subjetividad y esa “subjetivación de la ética sexual”, junto con “la producción indefinida de la verdad sobre uno mismo”, hizo que la vida monástica de los primeros siglos desarrollara unas tecnologías de sí en las que se vinculaba el deseo con la verdad (207). Tal tendencia, cada vez más sistematizada universalmente, produjo una hermenéutica de sí en cuyo horizonte “se dibujan nuestras figuras no solo de la sexualidad, sino de la subjetividad en general y sus relaciones con los otros” (7). Michel Foucault, en su último libro dedicado a la *Historia de la sexualidad*, mostró el camino por el que la sociedad occidental ha llegado a vincular “el sexo, la verdad y el derecho, mediante lazos que nuestra cultura tensó, en lugar de desanudar” (300).

Bibliografía

Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, traducido por Ulises Guiñazú. Madrid, Siglo XXI editores, 2007.

_____. *Historia de la sexualidad II. El uso de los placeres*, traducido por Martí Soler. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2003.

_____. *Historia de la sexualidad III. La inquietud de sí*, traducido por Tomás Segovia. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2003.